

su consecuencia San Anselmo, arzobispo de Cantorbery, se lo negó á Enrique I, usurpador del trono de Inglaterra. De aquí resultó que su silla fué secuestrada y él desterrado hasta el momento en que Parcuál II puso un termino á la disputa, conviniendo con el rey en que los obispos y abades le prestaran juramento antes de su consagración, aunque sin que pudieran darles la investidura con el báculo y el anillo.

Esta ceremonia jamás habia sido usada en Francia y hasta cayó en el olvido; pero cuando fué promulgado el cánón del concilio de Clermont, los obispos normandos comprendieron toda su trascendencia, estableciendo que «ningun sacerdote pudiera figurar como hombre de un lego,» cualsi hubieran hallado inconveniente en que manos consagradas á Dios y santificadas por la unción llegaran á colocarse en manos profanas, y quizás en las de un homicida ó de un adúltero. Sin embargo los reyes se opusieron á que las prescripciones eclesiásticas tuvieran efecto, y hasta en esto fueron arregladas las cosas amigablemente.

Cuando triunfó el poder real del de los barones en Francia é Inglaterra, el clero ayudó á este cambio en el derecho público, aproximándose al trono; no fué lo mismo en Alemania, donde los obispos se mantuvieron en la categoría de grandes vasallos, que se puede decir habian llegado á verdaderos soberanos, hasta que Rodolfo de Habsburgo aseguró á perpetuidad el trono á su familia. En los reinos de Hungría y de Polonia, así como en los tres Estados de la Escandinavia, tomaron los reyes poca parte en los negocios eclesiásticos, y el húngaro Coloman renunció libremente á las investiduras.

Aunque los normandos se hicieron defensores del pontífice contra sus enemigos, se sentian poco dispuestos á cederle nada de sus derechos en lo interior de sus posesiones, y á recibir sus legados en los países que sus armas habian arrancado á los infieles y devuelto á la Iglesia. En su consecuencia, Urbano II, para aplacar á Rogel, le concedió (1098), lo que se llamó despues el tribunal de la monarquía de Sicilia, es decir, que este príncipe y sus sucesores fueron investidos con el título de legados perpétuos y hereditarios de la Santa Sede: en calidad de

tales llevaban las sandalias, el anillo, el báculo, la mitra, la dalmática, y se revestian con estos ornamentos en las solemnidades. Hasta Felipe II, las súplicas sobre negocios eclesiásticos eran dirigidas al rey con el título de *santísimo padre*. Los condes de Aversa llevaron tambien el título de príncipes de Cápua, *por la gracia de Dios*, que les habia conferido Nicolás II, hasta el momento en que el antipapa Anacleto II concedió á Roberto Guiscardo el título de rey de Sicilia, la investidura de la Pulla, de la Calabria, de Salerno, con la soberanía del ducado de Nápoles y el principado de Cápua: este fué el origen del reino de las Dos Sicilias. El papa Inocencio declaró la guerra á Roger, si bien tuvo la misma suerte que su predecesor Leon IX; hecho prisionero con muchos cardenales, celebró la paz con Roger, confirmando la investidura á condicion del homenaje al pontífice de un tributo anual de 600 monedas de oro (*schifati*). La soberanía de la Santa Sede sobre este reino hacia medio siglo, se halló así firmemente establecida.

Enrique V, príncipe ambicioso y avariento, aunque activo, astuto y disfrutando la opinion pública, sobrevivió poco al acomodo hecho con el papa. Con él se extinguió la casa de Franconia, que durante un siglo habia dominado en Alemania.

CAPÍTULO V

Tercera Cruzada.

En medio de los intereses parciales que agitaban á Europa y conducian á la conquista de las franquicias, de la nacionalidad y de la ciencia, habia un interés general que no cesaba de atraer las miradas y los pensamientos hácia Palestina: este era el objeto de las preocupaciones religiosas de todos, el campo en que peleaban y padecian deudos, amigos, compatriotas. Apenas habian abandonado la Tierra Santa Conrado III y Luis VII, recuperaron los musulmanes la ventaja; muchos príncipes sucumbieron lidiando bajo sus golpes, ó bajo el puñal de los asesinos (1152). Un ejército de ortocidas, acampado sobre el monte Olivete para recuperar á Jerusalem, fué rechazado con trabajo por los caballeros. Al mismo tiempo Nureddin, atabek de Alepo, ocupaba una á una las ciudades de Mesopotamia, y pudo al fin ganar

la orilla del mar, donde hizo devotamente sus abluciones.

Los cristianos que, reuniendo sus fuerzas, hubieran podido avasallar fácilmente toda la costa del Asia, se consumian en expediciones particulares, donde acreditaban un valor impetuoso, si bien inútil. Acostumbrados los musulmanes á considerar el resultado de una empresa como el juicio de Dios sobre su santidad, eran tan prontos á reanimarse despues de nuevas victorias, como lo hubiera sido á desalentarse despues de los primeros descalabros. Venturosamente el califa, reducido en Bagdad al papel de representante inactivo del islamismo, inspiraba pocos temores; los restos del poder que se le escapaban, eran recogidos por una porcion de emires, que llegaban en seguida á pedirle que confirmara su posesion, sin que experimentaran una negativa.

Entre este número se habia engrandecido Nureddin, hijo de Zenghi, y señor de Edeso, el que añadia de continuo nuevas adquisiciones. A semejanza de los antiguos héroes mahometanos, juntaba al valor la abnegacion personal y un extremado fervor en la oracion. Favorecía las letras en su córte, y mantenía una disciplina severa entre sus soldados, hácia quienes acreditaba particular esmero, como tambien respecto de sus familias; pero no permitía que adquirieran tierras, debiendo ser su campo la patria.

Su palacio no resplandecía con seda y oro; no tenia en el país vino, y no señalaba para el sostenimiento de la mesa más que la porcion legal del botin hecho al enemigo. Habiéndole pedido la sultana favorita cierto dia una joya, la respondió: *Temo á Dios y no soy más que tesorero de los musulmanes. Sin embargo, me quedan en Hems tres tiendas, haz de ellas lo que gustes; no puedo darte otra cosa.*

Hábil legista, discutía personalmente en las cuestiones contenciosas, y fué el primero que introdujo un tribunal de justicia, donde reemplazó al tormento la prueba por testigos. Algunos años despues de su muerte, un musulman, á quien se le negaba justicia, se puso á gritar por las calles; *Nureddin, Nureddin, ¿dónde estás? ¿por qué no vienes en ayuda de tu pueblo?* E inmediatamente se admitió su demanda con el temor de que produjera un levantamiento el sólo nombre del emir difunto.

Hizo con sus propias manos un púlpito que se proponía colocar en Jerusalem. Por lo demas, su celo religioso le hacia perseguir á los disidentes, ya se tratara de Alidas, de asesinos ó de sofistas; no hay, pues, por qué extrañar que hiciera tantos milagros.

Habian encontrado los musulmanes un adversario valiente, y algunas veces venturoso, en Balduino III, que llegó hasta expulsarles de Ascalon, donde se habian mantenido siempre. (1153). Achacándole Nureddin á la negligencia del príncipe de Damasco, invadió sus estados que hasta entonces habian pagado tributo á Jerusalem y le servian de barrera contra el enemigo, y estableció en esta ciudad su residencia. De aquí resultaron sangrientos combates, y habiendo muerto envenenado el rey de los cristianos en el concurso de la guerra, Nureddin respondió á los que le exortaban á que se aprovechase de aquella circunstancia para atacar á los francos: *Nunca se dirá que he perturbado el dolor de un pueblo que llora con razon á tan buen rey, ni que he atacado á un reino, del cual ya no tengo que temer nada.*

A Balduino sucedió su hermano Amalrico, conde de Jafa y de Ascalon, á quien odiaba el pueblo por su avaricia, y que no se mostraba más hábil en administrar que en hacer justicia.

No difirió un sólo momento su marcha sobre Egipto, para obligarle á pagar el tributo estipulado de treinta mil monedas de oro, aprovechándose de las disensiones [que eran para el país una causa de debilitamiento. Poco más ó ménos los califas del Cairo se hallaban reducidos como los de Bagdad á los ejercicios del culto, y abandonaban el poder verdadero á sus visires ó soldanes. Entonces se lo disputaban dos de ellos. Schaver, uno de los competidores, reclamó la asistencia de Nureddin, quien le envió su emir Schirkou, cuyo brazo le hizo recuperar su puesto. Pero como se negara á darle, segun las estipulaciones, la tercera parte de las rentas, le declaró Nureddin la guerra, así como á Amalrico, que se habia declarado por su causa. El atabek, que conocia la riqueza de Egipto, habia concebido la esperanza de convertirlo en presa suya; en consecuencia envió un comisionado al califa Sunnita de Bagdad, pidiéndole permiso para marchar contra el odioso Fatimita. Inmediatamente se mandó á los imanes que

proclamaran donde quiera la guerra santa contra los egipcios, y fué enviado un ejército formidable para sostener los anatemas fulminados contra ellos.

En virtud de la demanda de socorros que le fué dirigida, envió Amalrico embajadores latinos, quienes fueron introducidos en el palacio donde el califa disimulaba su esclavitud bajo un pomposo aparato (1167). Atravesaron una larga série de corredores oscuros y de pórticos resplandecientes, amenizados por el gorjeo de las aves, por el murmullo de las fuentes, por el espectáculo de animales raros y de inexplicables tesoros: entre otros, perlas gruesas como un huevo de paloma, un rubí de peso de diez y siete dracmas, una esmeralda de una longitud extraordinaria, cristales y porcelanas sin cuento. Después de haber cruzado las puertas, guardadas por moros y por eunucos, llegaron al salón del trono; allí el visir se postró hasta el suelo delante de la cortina que ocultaba al señor, de quien había hecho un esclavo; luego se descorrió el velo y apareció entonces aquella divinidad sujeta á servidumbre, que ratificó las estipulaciones con el visir acordadas.

Habiendo llegado Amalrico á invadir el Egipto, derrotó á Schirkou, y habiéndose apoderado de Alejandria, le obligó á entablar negociaciones. Después de haber recibido de su mano cincuenta mil monedas de oro y de haber hecho el canje de prisioneros, abandonó el Egipto. Los tesoros de que volvió cargado excitaron el asombro de los francos (1168), y le hicieron concebir la idea de enseñorearse de aquel territorio. Extendiéndose con Manuel Comneno, su suegro, y con Gerberto de Assaly, gran maestre de los hospitalarios, pasó el istmo en calidad de enemigo. Entonces el califa Adhed envió á Nureddin los caballos de las mujeres de su serrallo, en señal de una situación deplorable; y cambiando Schirkou súbito de partido, acudió á toda prisa, mientras que el retardo de la escuadra griega obligaba á Amalrico á emprender la retirada. Schirkou impulsó al califa á nombrarle su visir y no tardó después en destituirle (1169), de tal modo que el color verde de los hijos del Profeta desapareció de Egipto, lo cual puso término al cisma de los fatimitas.

Un joven kurdo llamado Saladino (*Salah-*

Eddyn), que había hecho sus primeras armas á las órdenes de Schirkou, y dado brillantes pruebas de valentía, le sucedió en el puesto de visir y llegó á ser uno de los héroes más afamados del islamismo. Liberal respecto de sus soldados, riguroso con los emires, querido á los ojos de los devotos por haber contribuido á extirpar el cisma, cantado por los poetas, apenas se hubo asegurado el nuevo José la dominación de Egipto, llamó del Kurdistán á su padre y á todos sus deudos, cuyo apoyo le ayudó á tener á raya á los indomables emires: aunque protestara de su adhesión á Nureddin, el atabek concibió recelos, y mandó que se le uniera acompañado de todas sus fuerzas para hacer la guerra á los cristianos. Méno dócil el kurdo en obras que en palabras, rehusó prestar obediencia, y estaban próximas á estallar las hostilidades cuando Nureddin exhaló el postrer suspiro (1173).

Viendo Amalrico gravemente amenazado su reino por la unión de aquellos poderosos jefes, había pedido socorros á Europa; pero murió antes de haber recibido una respuesta decisiva dejando un trono vacilante á un niño de trece años, atacado de lepra. Tampoco había dejado Nureddin más que un hijo de diez años no cumplidos; y estaba próximo á desmoronarse su poder, cuando llega Saladino y lo empuña con su robusta mano. Se casa con la viuda, toma la tutela del huérfano, se hace atabek de Alepo, y se propone ejecutar los proyectos de su antecesor.

Un jefe tan resuelto hacia falta á los cristianos, quienes en vez de reunirse para hacer frente al peligro, se disputaban la regencia durante la menor edad de Balduino IV. Dióse en un principio á Raimundo, conde de Trípoli; luego á Reinaldo de Chatillon. Entonces hubiera sido útil atacar á los emires de Siria, divididos y descontentos; pero en alas de la codicia se quiso intentar de nuevo la expedición á Egipto, y así se dejó robustecerse la dominación de Saladino, quien á la muerte del hijo de Nureddin, se encontró soberano de Alepo, de Edeso, de Nisibe, y de gran parte de la Mesopotamia.

Sin embargo, cuando Balduino se determinó á salir de los baluartes de Ascalon, no fué inferior el valor de los cristianos al que habían acreditado en sus tiempos gloriosos, y vencido

Saladino, huyó sobre un camello para ganar á través del desierto el Egipto, á donde llegó sólo. Allí levantó tropas, y aprovechándose de la temeridad de sus enemigos, les hizo caer frecuentemente en emboscadas. Continuaba entretanto devorando la lepra á Balduino, y fué necesario confiar la regencia á Guy de Lusignan. Aunque fuera marido de Sibila, hermana del rey y viuda de Guillermo de Montferrato, la envidia de los grandes hizo que el rey le manifestara desvío y le destituyera, designando por su heredero á Balduino V, nacido del primer matrimonio de Sibila, y dando la regencia á Raimundo, conde de Trípoli.

Desde entonces cada cual se gobernaba en el reino de Jerusalem como mejor entendia; rehusaban obedecer los súbditos, y el rey no tenía la fuerza necesaria para obligarles á la obediencia, ni para hacer que se les administrara justicia. También se combatió á menudo por las querellas de Occidente; los de Milan contra los de Pavia, ó los venecianos contra los genoveses, porque sus compatriotas se hacían la guerra en Europa. Otros recorriendo las campañas, y ejercitando su valor por su propia cuenta, no cesaban de asaltar á los musulmanes, á pesar de los tratados de paz. Saladino, que se arrojaba de vez en cuando sobre ellos para castigarlos, era llamado el azote de los cristianos.

Cuando murió Balduino V, después de cinco meses de reinado (1186), Raimundo reunió los estados para deliberar sobre el partido que debía tomarse. Reinaldo de Chatillon, príncipe de Antioquia, afamado por su valor y por sus aventuras romancescas, se declaró plenamente por Sibila, que apoyada por el patriarca y por los templarios, fué proclamada reina. Al punto coronó á su vez á Guy de Lusignan, su esposo, quien ascendió de este modo sin el asentimiento de los grandes á un trono, donde no era capaz de sostenerse.

Ya había atacado muchas veces Reinaldo de Chatillon las caravanas que se dirigían á la Meca, y violado el territorio musulmán en plena paz; por eso Saladino había jurado matarle con su propia mano. El intrépido caballero se reía de sus amenazas, y cierto día que había salido una vez más de su castillo para caer sobre un convoy numeroso, sintió extremado al-

borozo al encontrar allí á la madre de Saladino. El príncipe musulmán pidió la restitución de los prisioneros, y no pudiendo conseguirlo, reunió un ejército de noventa mil hombres, tantos árabes como turcos, egipcios y kurdos. Pasando entonces el Jordan por Tiberiada (Julio de 1157), puso á los cristianos en completa derrota, é hizo prisioneros al rey, al obispo Godofredo, su hermano, á Reinaldo de Chatillon, causa de aquel desastre, al gran maestre de los templarios y á otros muchos jefes. También se apoderó del madero de la verdadera cruz que habían llevado consigo, como era costumbre en las circunstancias graves para alentar el valor de los piadosos guerreros, y en cuya defensa habían acreditado los templarios un heroísmo digno de mejor suceso. Tanto era el número de prisioneros, que las cuerdas de las tiendas no bastaban para atarlos, y que más de un caballero fué canjeado por un par de zapatos. Saladino recibió generosamente al rey y á los principales jefes, á quienes ofreció la copa hospitalaria en señal de gracia; pero degolló á Reinaldo por su propia mano, mandó matar á los hospitalarios y á los templarios, y dió á cada uno de sus emires permiso para matar á un caballero cristiano.

Resonaron las mezquitas con acciones de gracias tributadas á Alá; y Tiberiada, Sidon, Biblos, Nazareth, Rama, Hebron, Belem, Lida, Jafa, Napoli, Berito, Carac, San Juan de Acre, capitularon ó se rindieron á discreción. Hasta la misma Ascalon abrió sus puertas á Saladino, y fué el rescate de Lusignan y de los demás señores, jurando todos no esgrimir ya sus armas contra Saladino.

Envanecido con sus victorias, llegó á poner asedio á Jerusalem (2 de Octubre de 1187), y la redujo á capitular muy pronto. Tuvieron los habitantes la facultad de retirarse á las tierras de los cristianos, con promesas para los que prefieran quedarse, de no ser inquietados, bajo la única condición de pagar diez besantes por cada hombre, cinco por cada mujer, una por cada niño, y treinta mil por siete mil pobres. Por lo demás, el vencedor se comprometió á respetar el sepulcro de Cristo, y á permitir á los cristianos que lo visitaran mediante el tributo de una besante.

Estas condiciones bastante latas no atenua-

ban el dolor de aquellos infortunados, reducidos á ver á los infieles entrar á saco una ciudad que, amada por ellos como una patria, era además como una ciudad santa, objeto de su veneración, y la habían defendido con un valor inexplicable. Después de haber visto arrastrar por el lodo la cruz de oro que resplandecía en la iglesia del Santo Sepulcro, salieron por la puerta de David, llevándose los sacerdotes los vasos sagrados, las mujeres á sus hijos, muchos á sus ancianos padres y á sus hermanos enfermos. Enternecido Saladino de aquel espectáculo, distribuyó generosamente sus limosnas entre aquella muchedumbre desolada, y permitió á los hospitalarios que se quedaran para cuidar de los enfermos. De los cien mil habitantes de Jerusalem, sólo catorce mil no se hallaron en disposición de satisfacer su rescate, y entre este número se contaban cinco mil niños. Nuevamente resonaron las colinas de Sion con los gritos de Alá; convirtiéronse las santas iglesias en mezquitas, y en la de Omar, purificada con agua de rosas de Damasco, se colocó el púlpito hecho por mano de Nureddin. El primer imán subió á él para dar gracias á Dios por haber libertado la ciudad santa, morada de Dios, mansion de los santos y de los profetas, y exhortó á los creyentes á no cesar en la guerra santa, mientras quedara un vestigio de impiedad.

Entretanto, los infelices cristianos que habían salido de Jerusalem andaban errantes sin asilo, rechazados por sus hermanos que les acusaban de cobardía por haber perdido la ciudad de Cristo, ó de grandes crímenes para haber provocado la cólera divina. Se les negaba hasta el pan, y así muchos murieron de inanición; una mujer arrojó al mar á su niño de pecho, maldiciendo á los cristianos. Algunos ganaron á Europa, adonde trajeron la funesta noticia de que la ciudad santa había vuelto á caer en poder de los musulmanes. Urbano III murió de pesadumbre; toda la cristiandad se conmovió como de un general desastre. Recorrian los sacerdotes las ciudades enseñando pinturas en que se veía á Cristo hollado por la planta de Mahoma, y á un ginete árabe haciendo que ensuciara el Santo Sepulcro su caballo. Ante este espectáculo se daba la muchedumbre golpes de pecho, y clamaba: ¡Desgra-

ciados de nosotros! Resonaban en las iglesias y en las casas las lamentaciones de Jeremias sobre la reina de las naciones sometida á servidumbre; todos veían en este golpe inesperado un castigo y un aviso del cielo; se suspendían los ódios, se renunciaba á las costumbres viciosas, se reparaban las injusticias cometidas, y se porfiaba acerca de quien se impondría las más rigurosas mortificaciones de la penitencia. Animado Gregorio VIII del deseo de hacer que se emprendiera una nueva cruzada (1199), se dirigió á Pisa á fin de reconciliar á esta república con la de Génova, y obtener de ambas los buques necesarios para la travesía. Efectivamente, los pisanos corrieron al socorro de Tolomaida, adonde su arzobispo y el de Rávena condujeron tropas. Más de una vez derrotó su escuadra la de los musulmanes; por su parte los genoveses se encargaban de llevar embajadores desde Roma á todos los soberanos de la cristiandad.

Gregorio murió después de haber ocupado dos meses apenas la cátedra de San Pedro, pero Clemente III heredó su celo. Envió embajadores á toda la cristiandad y ordenó que se hicieran oraciones por la paz de Occidente y por la libertad de la Tierra Santa; al mismo tiempo, Guillermo, arzobispo de Tiro, andaba predicando la cruzada. Los clérigos, los trovadores, excitaban á que tomaran la cruz pobres y ricos. Enrique II de Inglaterra se reconcilió con Felipe Augusto, y uniéndose como hermanos tomaron juntos la cruz, cuya señal se hicieron en la frente, en la boca y en el pecho, jurando no deponerla en mar ni en tierra, en el campo ni en la ciudad hasta su vuelta del otro lado del mar. Muchos de los señores de ambos reinos repitieron el mismo voto, y se decretó que los que no se cruzaran pagarían el diezmo de sus rentas y de sus bienes muebles, á escepción de las armas, caballos, armadura del caballero, libros, vestiduras, ornamentos sacerdotales y joyas. Un templario, un hospitalario, un oficial real, y un clérigo de la capilla del rey, con un oficial y un capellan del señor del lugar, recogían este diezmo *saladino*, como se llamaba, y al cual estaban sometidos hasta los religiosos, y también los que se cruzaban sin el consentimiento del señor.

Poco tiempo duró la paz entre ambos reyes,

y el diezmo *saladino* fué empleado en pagar los gastos de la guerra; pero cuando cesó de vivir Enrique, Ricardo, su hijo, que se le había rebelado, hizo por arrepentimiento el voto de cruzarse, y en toda Inglaterra resonó el grito, ¡Dios lo quiere! El primer acto de esta piedad desordenada, fué dar muerte á los judíos de York y de Londres; pero como ni el dinero arrancado á aquellos infelices, ni el diezmo *saladino* recaudado con rigor sumo, bastaban para la expedición, empeñó el rey los bienes de la corona y puso en venta las dignidades del Estado; además contribuyó generosamente la Normandía.

Entendiéronse los dos reyes de Francia é Inglaterra á fin de dirigir la expedición de común acuerdo, y tomaron medidas severas para reprimir los excesos de la muchedumbre que les seguía.

A los ladrones se les debía rapar la cabeza, bañándola con pez líquida y cubriéndola de plumas. Por un bofetón se había de aplicar la pena de sumergir al culpable en el mar tres veces, y por una estocada se perdía la mano. Las injurias estaban tasadas en una onza de plata cada una. El asesino debía ser atado al cadáver de la víctima y arrojado al agua. Se prohibía á las mujeres hacer el viaje, á los hombres desplegar lujo en los vestidos y alimentos, y entregarse á los juegos de azar. Respecto de esto sólo gozaban plena libertad los reyes. Los caballeros y los clérigos podían arriesgar hasta 20 sueldos durante un día y una noche. También era lícito á los sargentos de armas de los reyes jugar, con su permiso, hasta aventurar la misma suma en su compañía ó á bordo de su buque; se concedía otro tanto á los sargentos de los obispos, de los condes, de los barones en su compañía. Tomadas estas disposiciones se embarcaron ambos reyes.

También había sido oído el arzobispo de Tiro por la Alemania, y Federico Barbaroja, aunque tenía ya sesenta y siete años, tomó la cruz con los principales señores. El emperador, que había seguido cuarenta años antes á Conrado, su tío, á Palestina, y visto de cerca las causas de los malos resultados de aquella expedición, ordenó que no se admitieran más que hombres adiestrados en el oficio de las armas y que pudieran sostenerse durante dos campañas, que

los demás permanecieran en sus hogares y pagaran el diezmo.

Después de haber enviado embajadores al rey de Hungría, al emperador de Constantinopla y al sultán de Iconio para obtener víveres y libre paso, partió de Ratisbona con veinte mil hombres (1189). Pero Isaac el Ángel, que ocupaba el trono de Constantinopla, concibió recelos al verle aproximarse. Temeroso de que llegara con intención de destruirle, porque había hecho alianza con Saladino, y porque se sabía, que en su orgullo, afectaba ignorar los nombres más insignes de la Europa, sin contar que había fundado en la capital una mezquita para los musulmanes. En su consecuencia, se arregló como pudo, y dejó que faltaran víveres á los cruzados, quienes se vieron en la precisión de proporcionárselos á mano armada, y amenazaron con declarar la guerra á un pueblo, entre el cual se predicaba desde lo alto de púlpito el asesinato de los latinos.

Al fin obtuvieron bastimentos para su tránsito; pero apenas entraron en el territorio de los Seldjucidas, se vieron hostigados por los turcos, y reducidos á degollar los caballos para beber su sangre y comer su carne; tan falsas habían sido las promesas del sultán de Iconio. Kilisco Arslan II llegó después personalmente á atacar con fuerzas considerables el ejército de los cruzados. Aunque vencedores, sufrieron escasez de víveres, y no pudieron gozar sosiego hasta que se apoderaron de Iconio, desde donde ganaron la Cilicia.

Este país se hallaba gobernado por una familia cristiana, oriunda de Armenia, que se había hecho independiente del emperador de Constantinopla, y cuyo jefe tomaba el título de rey de Armenia. Allí encontraron los cruzados una cordial acogida; luego atravesaron el Calizadno (Salefke), río de Seleucia. Federico quiso entrar en él á caballo, y perdió allí la vida, revés más sensible que una derrota, tan grande era la confianza que inspiraba y su firmeza en mantener la disciplina. Federico, duque de Suabia, tomó entonces el mando; pero reducidos al hambre sus gentes, no guardaron ya orden ninguno. Se multiplicaron las enfermedades; gran número de cruzados regresaron á su patria; por último, el mismo Federico murió en San Juan de Acre, prefiriendo perder la